

Arthur Schopenhauer

# El arte de conocerse a sí mismo

Edición, introducción y notas  
de Franco Volpi



**Alianza** editorial  
El libro de bolsillo

Título original: *Die Kunst, sich selbst zu erkennen*  
Traducción de Fabio Morales

Primera edición: 2007  
Segunda edición: 2012  
Novena reimpresión: 2022

Diseño de colección: Estudio de Manuel Estrada con la colaboración de Roberto Turégano y Lynda Bozarth  
Diseño de cubierta: Manuel Estrada

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

© Verlag C. H. Beck oHG, München, 2006  
© de la traducción: Fabio Morales, 2007  
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2007, 2022  
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15  
28027 Madrid  
[www.alianzaeditorial.es](http://www.alianzaeditorial.es)



PAPEL DE FIBRA  
CERTIFICADA

ISBN: 978-84-206-6573-3  
Depósito legal: M. 47.222-2011  
Composición: Grupo Anaya  
Printed in Spain

Si quiere recibir información periódica sobre las novedades de Alianza Editorial, envíe un correo electrónico a la dirección: [alianzaeditorial@anaya.es](mailto:alianzaeditorial@anaya.es)

# Índice

- 9 Introducción por Franco Volpi
- 31 El arte de conocerse a sí mismo o *Eis heautón*
- 101 Máximas y pasajes predilectos
- 123 Notas
- 129 Fuentes
- 131 Ediciones de Schopenhauer utilizadas



# Introducción

Por Franco Volpi



## 1. ¡Conócete a ti mismo!

El conocimiento de sí mismo es el primer paso hacia la sabiduría. «¡Conócete a ti mismo!», *gnóthi seautón, nosce te ipsum*: Esta exhortación de vieja data es atribuida, como guía para la felicidad, a uno de los siete sabios, y ha sido transmitida desde entonces una y otra vez, de manera casi ininterrumpida, cual quintaesencia de la filosofía práctica. Las fuentes más antiguas la mencionan como una máxima de iniciación para la autorrealización y apuntan a su pretendido origen divino. Estaba grabada como inscripción en el templo de Apolo en Delfos, es decir, en el «ombligo del mundo», el sitio donde se habría cruzado el vuelo de dos águilas que, liberadas por Zeus desde los extremos del cosmos, se dirigían al centro de la superficie de la tierra. Su significado es incierto hasta el día de hoy: se debate sobre si se refería al culto y se

limitaba a afirmar que quien quisiera consultar el oráculo debía primero tener muy en claro lo que quería, para así poder plantear la pregunta correcta; o si, más bien, tenía un sentido sacro y religioso de orden más general, como, por ejemplo, que quien se decidiera a ingresar en el templo debía ser consciente de que no era un ser divino, sino puramente mortal.

«Conócete a ti mismo» es, al mismo tiempo, la piedra angular de la filosofía, es decir, del «amor a la sabiduría». Es la primera regla de vida que ésta se propuso enseñar. «A todos los hombres les ha sido impuesto el conocerse a sí mismos», recalca ya Heráclito (Fragmento 116). Pero es sobre todo Sócrates quien convierte al arte de conocerse a sí mismo en eje del conjunto del conocimiento filosófico. Platón nos lo presenta en sus diálogos –en la *Apología* y, sobre todo, en el *Alcibíades I*– como maestro de autoconocimiento. A un Alcibíades que apenas ha alcanzado la edad adulta, dispuesto a entrar en la lucha por el liderazgo, Sócrates le advierte que debe –antes que ocuparse de una Polis que reservaba sus mejores energías para la contienda con el todopoderoso rey de Persia– aprender primero a cuidar de su persona. Y ello quiere decir: a conocerse a sí mismo.

El motivo del autoconocimiento se extiende a lo largo de la filosofía antigua y se despliega en la literatura helenística del «cuidado de sí» (*epiméleia heautoû*), que alcanza su auge en autores como Cicerón, Séneca, Epicteto o Marco Aurelio. Ya no se vincula el autoconocimiento a una misión política, ni está restringido a una edad especí-



fica, como el tránsito de la juventud a la madurez; tampoco es concebido únicamente como conocimiento teórico de sí mismo, mera contemplación del yo. Se convierte cada vez más en un cuidado integral de sí extensible a toda la vida, e involucra una serie de ejercicios, prácticas y obligaciones diarias cuya finalidad es imprimirle un sello a la existencia, de la misma manera que se modela una obra de arte, es decir, proporcionándole una forma lo más bella y perfecta posible. El autoconocimiento y el cuidado de sí representan, pues, los precedentes de una estética de la existencia.

La tradición del autoconocimiento<sup>1</sup>, incorporada luego al cristianismo y a la literatura religiosa de la interioridad, perdura hasta la modernidad, cuando es asumida y adquiere un nuevo impulso, especialmente por parte de los grandes moralistas europeos como Montaigne, Pascal, La Rochefoucault o Baltasar Gracián. Su importancia nos la atestigua también la aparición de motivos iconográficos que se hacen eco de ella y le dan expresión plástica. No en balde se representa a la sabiduría práctica como figura femenina que sostiene en su mano un instrumento, entonces muy valioso, que permite contemplarse y conocerse a sí mismo: el espejo. Es el caso, por ejemplo, del trabajo clásico de Cesare Ripa, *Iconologia* (cuya segunda edición, ilustrada, data de 1603). En la leyenda de

1. Cf. Pierre Courcelle, *Connais-toi toi-même. De Socrate à Saint Bernard*, 3 vols., París: Études augustinennes, 1974-1975.

la litografía, que representa a la prudencia (representada en la página siguiente), Ripa alude a la importancia del espejo: para actuar correctamente, el sabio debe conocerse a sí mismo, es decir, conocer su carácter y sus errores. Esto es lo que Sócrates habría tenido en mente, según la explicación de Ripa, cuando «exhortó a sus discípulos a mirarse cada mañana en el espejo para conocerse a sí mismos».

El motivo del espejo refleja también el reverso del conocimiento de sí, pues la autocontemplación puede tener efectos funestos. Ése fue el gran error de Narciso. Quien, prendado de su propia belleza, se inclina vanidosamente sobre su reflejo, sólo se ve a sí mismo y no logra establecer contacto con la realidad. Conocerse únicamente a sí mismo significa hacerse rehén de la imagen propia. Así se explica que Goethe considere engañoso el epígrafe de Delfos y ponga en duda su origen divino:

*Erkenne dich! – Was soll das heißen?  
Es heißt: sei nur! und sei auch nicht!  
Es ist eben ein Spruch der lieben Weisen,  
Der sich in Kürze widerspricht.  
Erkenne dich! Was hab' ich da für Lohn?  
Erkenne ich mich, so muß ich gleich davon.  
Als wenn ich auf den Maskenball käme  
Und gleich die Larve vom Angesicht nähme<sup>2</sup>.*

2. Johann Wolfgang von Goethe, *Sprüche*, en: *Werke. Hamburger Ausgabe in 14 Bänden*, Múnich: Beck, 1981, vol. I/1, p. 308.



[¡Conócete a ti mismo! ¿Qué quiere decir eso?  
Significa ¡sé tú mismo!, o acaso ¡no lo seas!  
No es más que un lema de los buenos sabios,  
contradictorio en su brevedad.  
¡Conócete a ti mismo! ¿Qué saco yo con eso?  
Si logro conocerme, al punto debo irme.  
Es como si, no bien llegado a un baile de disfraces,  
me quitara en seguida el antifaz.]

## 2. El desaparecido «cuaderno secreto» de Schopenhauer

Como auténtico filósofo que es, Schopenhauer hace suyo el motivo del autoconocimiento. Su dominio de la gran filosofía que va desde Platón hasta Kant, su familiaridad con la literatura de la Antigüedad clásica, especialmente con los autores del «cuidado de sí» como Séneca, Epicteto y Marco Aurelio, y su lectura diaria de los textos de los moralistas modernos, desde Montaigne hasta Baltasar Gracián, hacen muy natural su afinidad por el tema. Mejor dicho: no se limita a tratar el autoconocimiento como objeto abstracto de especulación teórica, sino que, poniéndolo en práctica, se lo toma en serio como regla de la filosofía. Como da a entender la primera frase del presente librito: «Desear tan poco y conocer tanto como sea posible ha sido la máxima principal

que ha guiado mi existencia»<sup>3</sup>. Pues la filosofía no es para él una mera elaboración de teorías y estructuras de pensamiento, sino asimismo la adopción de decisiones vitales y de una determinada concepción de la vida.

Bajo el título de *Eis heautón*, que probablemente escogiera basándose en la analogía de las *Meditaciones sobre sí mismo* de Marco Aurelio (en griego: *Tà eis heautón*), Schopenhauer acumuló a lo largo de los años pensamientos, meditaciones e ideas fragmentarias que irían dando lugar a un «cuaderno secreto» personal, perdido tras su muerte, y reconstruido aquí según una versión presunta. Lo comenzó en 1821 y siguió escribiéndolo a lo largo de las dos décadas siguientes. El cuaderno abarcaba en su conjunto una treintena de páginas y era particularmente caro al Maestro del Pesimismo, pues constituía una especie de Suma de experiencias vitales sobre su persona, su propio *Journal Intime*, compuesto de observaciones autobiográficas, recuerdos, reflexiones, indicaciones pragmáticas, reglas de comportamiento, máximas, citas y refranes. Al mismo tiempo, servía como una especie de bosquejo para un arte del conocimiento de sí, un *vademécum* para la orientación personal, de esos que uno puede llevar consigo en la vida al igual que un médico de cabecera carga con su maletín de instrumentos.

3. Cf. *infra*, p. 33.

No en balde Schopenhauer empezó a hacer anotaciones en su cuaderno en una época de grandes conflictos que pusieron a prueba su carácter. Tras la publicación de *El mundo como voluntad y representación* (1819), había adquirido conciencia de su vocación para la filosofía, un campo en el que no se sentía inferior a nadie; incluso se creía predestinado a cumplir una misión a favor de la humanidad. Pero esta convicción no obtuvo el menor reconocimiento por parte del gremio filosófico. De hecho, su obra fue totalmente ignorada y, en último término, asfixiada en sus orígenes por la confrontación con Hegel, la estrella más rutilante del firmamento filosófico de la época. A ello se sumaron obstáculos y contratiempos de toda índole: el rompimiento doloroso con la madre, problemas financieros causados por la bancarrota de las instituciones financieras que administraban la herencia de su padre, dificultades insuperables y roces continuos en el trato con los demás, una nunca superada desconfianza hacia el otro género y, para colmo, una serie de *alimenta misantropiae* adicionales que justificaban y agudizaban su visión pesimista de la vida. Sin embargo, este pesimismo no era simple fruto de una actitud amargada, de la debilidad o de la resignación, sino resultado coherente de la clarividencia, la desilusión y el sentimiento trágico de la vida. Por ello, se podría afirmar que

un pesimista auténtico como Schopenhauer equivale a un optimista esclarecido.

De ahí que Schopenhauer no se comportara ni como un estoico fatalista ni como un erudito absorbido en sus ideas, sino como un desenvuelto hombre de mundo, capaz de reaccionar ante los desafíos existenciales utilizando todos los mecanismos, socorros y estratagemas que le brindaban su inteligencia y habilidad para adaptarse al mundo. He ahí la fuente de su convicción de que la filosofía no es únicamente conocimiento teórico del ser, sino también filosofía de la vida práctica.

Así lo manifestó en una serie de opúsculos que concibiera para su uso personal y que nunca dio a la prensa. Si los examinamos de cerca, constataremos que no se puede seguir subestimando su importancia para la obra póstuma o su intrínseca significación filosófica. Deberían más bien conducir a una revisión de la imagen tradicional de su pensamiento, imagen basada casi exclusivamente en su obra publicada en vida. Textos como la *Eudaimonología*, el *Bosquejo de un tratado sobre el honor* y la *Dialéctica erística*, surgidos en los decisivos años berlineses, han de ser evaluados desde esta perspectiva<sup>4</sup>. El *Eis heautón* se inserta en ese mismo marco herme-

4. Los he editado bajo los siguientes títulos: *Die Kunst, glücklich zu sein*, Múnich: Beck, 1999; *Die Kunst, sich Respect zu verschaffen*, Múnich: Beck (en preparación); *Die Kunst, Recht zu behalten*, Fráncfort del Meno: Insel, 1995; [*El arte de tener razón*, Madrid: Alianza Editorial, 2002 (2006)].

néutico y constituye hasta cierto punto la quintaesencia de esa peculiar forma de entender el conocimiento filosófico.

### 3. Averiguaciones y sospechas

Schopenhauer no le había ocultado a amigos y seguidores la existencia de ese *vademécum* personal tan atesorado. A sus discípulos más allegados les había dicho que debía ser publicado, si acaso, sólo tras su muerte; así se lo confió, por ejemplo, a Ernst Otto Lindner, quien fuera el primero en informar al respecto y lamentar la desaparición del manuscrito<sup>5</sup>. Otros testigos corroboraron su versión<sup>6</sup>. Pero los intentos de recuperar el manuscrito, emprendidos poco después de la muerte de Schopenhauer (el 21 de septiembre de 1860), y luego con ocasión de la apertura de su legado (el 6 de abril de 1861), resultaron totalmente infructuosos. En especial Adam von Do se dio a la tarea de buscarlo varias veces con la asistencia del albacea del legado, Wilhelm Gwinner. Otro tanto hizo Julius Frauenstädt, quien, por estarle encomendada la edición de los manuscritos fi-

5. Lindner/Frauenstädt, *Arthur Schopenhauer. Von ihm. Über ihn*, Berlín: Hayn, 1863, pp. 5-6. Para los datos bibliográficos de las ediciones de Schopenhauer utilizadas, véase la lista de las páginas 130-131 de este libro.

6. Cf. Schopenhauer, *Gespräche*, Nr. 118 (Johann August Becker), 119 (del mismo), 275 (Adam Ludwig von Doß), 276 (del mismo), 306 (Ernst Otto Lindner), 351 (Robert von Hornstein).



losóficos, había encontrado en ellos numerosas alusiones al misterioso cuaderno.

Gwinner dio a entender lo siguiente:

El *Eis beautón* no era manuscrito científico alguno; en él se refería Schopenhauer únicamente a asuntos personales, a sus relaciones privadas con algunas personas, entremezclando todo ello con reglas de prudencia y pasajes favoritos como los que solía guardar en forma de anotaciones en todas sus carteras y que, en la medida en que lo consideraba oportuno, incorporaba luego en los *Parerga*. Se trataba de un cuaderno de unas treinta páginas sueltas, de las que en ocasiones me había leído algunos pasajes, y que, de acuerdo a mis noticias [de Gwinner], fue destruido tras su muerte<sup>7</sup>.

Frauenstädt estaba altamente insatisfecho con esta respuesta, sobre todo porque había albergado la esperanza de poder utilizar el material inédito para la nueva edición póstuma de *Parerga y Paralipomena* que estaba preparando. Y el descontento inicial se transformó en irritación cuando, poco después, Gwinner dio a la prensa una biografía del filósofo, titulada *Arthur Schopenhauer aus persönlichem Umgange dargestellt* [*Arthur Schopenhauer, retratado de cerca*] (1862), en la que evidentemente se incluían pasajes demasiado impregnados del estilo

7. Lindner/Frauenstädt, *Arthur Schopenhauer. Von ihm. Über ihn*, p. 6.

literario característico de Schopenhauer como para provenir de la pluma de Gwinner. Bajo cuerda se intensificó la sospecha de que éste, antes de dar a las llamas el cuaderno que custodiaba, lo había escudriñado exhaustivamente para ornar con él su narración de la vida de Schopenhauer.

A los discípulos más fieles del maestro el comportamiento de Gwinner les pareció tanto más impropio cuanto que éste insistía en que él mismo no era schopenhaueriano, pues, en línea con una concepción cristiana inspirada en Jacob Böhme y Franz von Baader, se había distanciado de la metafísica del pesimismo. Exactamente el año en que murió Schopenhauer, Gwinner había publicado bajo el seudónimo de Natalis Victor una novela con el título de *Diana und Endymion*, en la que ponía de manifiesto la nueva evolución de sus ideas.

#### 4. *Gwinner en apuros*

¿Qué hizo, pues, Frauenstädt? Trató de reunir entre los discípulos de Schopenhauer a personas que pensaban como él, para con su ayuda atacar a Gwinner y obligarlo o bien a realizar una confesión pública, o bien a entregar el cuaderno desaparecido. En respuesta a la biografía escrita por Gwinner, publicó junto con el antes mencionado Ernst Otto Lindner un gran volumen de recuerdos, además de manus-

critos hasta ese momento inéditos, titulado *Arthur Schopenhauer. Von ihm. Über ihn. Ein Wort der Vertheidigung von Ernst Otto Lindner und Memorabilien. Briefe und Nachlaßstücke von Julius Frauenstädt* [*Arthur Schopenhauer. De él. Sobre él. Palabras en su defensa y Recuerdos, por Ernst Otto Lindner. Cartas y manuscritos del legado póstumo, por Julius Frauenstädt*] (1863).

El testimonio personal de Lindner resultó ser especialmente revelador. Recordaba que Schopenhauer le había hablado reiteradamente de *Eis beautón* dando especial importancia al cuaderno:

Hablé varias veces con él al respecto. La última vez fue en el año de 1858. Según decía, quería registrar en el cuaderno una serie de recuerdos de índole puramente personal, con el propósito parcial de percibir, como en un espejo, aspectos concretos de su propia naturaleza. Al mismo tiempo insistió en que esas notas no debían, bajo ningún motivo, ser publicadas antes de su muerte. Y no fui el único a quien hizo semejantes revelaciones. Siempre pareció dar especial valor a este escrito, razón por la cual yo al menos estuve muy pendiente de esa parte de su legado<sup>8</sup>.

En cuanto a la versión de Gwinner, la rechazó de plano:

8. *Op. cit.*, p. 5.

Me resulta, por otra parte, muy extraño que Schopenhauer mismo hubiera estipulado la destrucción de ese escrito. Ello no concuerda en absoluto con lo que me había dicho. La disposición, asimismo, se corresponde poco con su naturaleza precavida, que difícilmente habría encomendado con ánimo sereno la destrucción de un escrito tan importante para él a la buena voluntad de un sobreviviente<sup>9</sup>.

Lindner reafirmó además el reproche de plagio: los obvios cambios de estilo, inocultables en el texto de Gwinner, sólo eran explicables suponiendo que en su presentación biográfica éste sencillamente había copiado literalmente pasajes tomados del manuscrito oculto.

Gwinner se defendió con su libelo *Schopenhauer und seine Freunde. Zur Beleuchtung der Frauenstädt-Lindnerschen Vertheidigung sowie zur Ergänzung der Schrift «Arthur Schopenhauer aus persönlichem Umgange dargestellt»* [*Schopenhauer y sus amigos. Precisiones sobre la Defensa de Frauenstädt-Lindner, así como un Suplemento a la obra «Arthur Schopenhauer retratado de cerca»*] (1863). Pero a la vez que rechazaba indignado la acusación de plagio, hacía una confesión involuntaria, pues reconocía que Schopenhauer le habría «comunicado» y «leído» algunas partes del polémico

9. *Op. cit.*, p. 6.

manuscrito, que él registró y luego incorporó a su biografía.

## 5. Extraño proceder

En verdad, para Gwinner habría sido muy sencillo disipar cualquier sospecha o duda. Hubiera bastado con poner a disposición del público sus propios apuntes. Ello habría permitido que cualquiera comprobase los hechos, y distinguir lo que provenía de la pluma de Gwinner de aquellas otras formulaciones que se retrotraían en mayor o menor grado al maestro.

Algunos indicios, empero, apuntan inequívocamente a que no había destruido tales pliegos, sino que, por el contrario, los guardaba en secreto. Así, por ejemplo, en las subsiguientes ediciones de la biografía escrita por él —una segunda edición apareció en 1878 bajo el título de *Schopenhauers Leben [Vida de Schopenhauer]*, a la cual siguió una tercera en 1910— añadió declaraciones de Schopenhauer hasta entonces desconocidas, las cuales citaba literalmente entre comillas. Aparentemente, las tomaba de los papeles inéditos que se hallaban en su poder. También en sus cartas a distintos corresponsales proporcionaba detalles y precisiones ulteriores, que obviamente extraía alegremente de los documentos guardados.